

“Reinterrogando la democracia en América Latina”

Conversaciones entre, Isidoro Cheresky, Liliana De Riz, Ernesto Laclau, Vicente Palermo

Coordinadoras: Claudia Hilb, Susana Villavicencio

9 de mayo, 2007

“Es posible afirmar que al calor de la revalorización de la idea de la democracia y de la importancia de los mecanismos institucionales durante la década del 80, que siguió a la noche autoritaria de los 70 en América Latina, la década del '90 se caracterizó en buena medida por una consolidación de un concepto acotado de democracia, entendida como régimen formalmente político, que restringió la democracia esencialmente al proceso de selección de representantes y al funcionamiento regular de las instituciones representativas. De esta manera, la comprensión de la política tendió a traducirse preferencialmente en términos exclusivos de gobierno, y las acciones de la sociedad civil a ser leídas desde el prisma de la gobernabilidad, es decir, en términos de su contribución a la estabilidad y la eficacia del sistema político.

Simultáneamente los años '90 fueron el escenario de políticas económicas y sociales que acentuaron los profundos desequilibrios económicos y sociales en la mayoría de los países de la región, y que agudizaron la exclusión, la fragmentación y la heterogeneidad características de las sociedades latinoamericanas. En ese contexto, parece posible advertir que el ideal democrático que, sostenido en la estabilidad del régimen de elecciones periódicas, se declaró triunfante en los países de la región contrasta con las crecientes protestas y con la desestabilización institucional por las que pasan muchos de ellos, con los agudos cuestionamientos de los que son objeto varios de los gobiernos, como así también con las notorias crisis de los partidos políticos tradicionales y la emergencia de nuevas formas de liderazgo político.

Así observada, la democracia como gobierno del pueblo parece estar expresando hoy como nunca la tensión contenida en el doble sentido del *pueblo uno*, el pueblo soberano del contrato, y del *pueblo parte*, masa, número, generalmente ausente en la representación comprendida en su sentido más estrecho: los cuestionamientos a los partidos, a los gobiernos, el auge de las

protestas y el surgimiento de nuevos liderazgos por fuera de los canales tradicionales, todo ello puede leerse como manifestación de un exceso que hace imposible dar cuenta de nuestros regímenes en los términos excluyentes del pueblo soberano del contrato. Al proponernos reinterrogar la democracia en América Latina nos planteamos la necesidad de ampliar la mirada más allá del límite que impone una conceptualización estrictamente institucional de los regímenes políticos, a fin de interrogar esta doble dimensión de la democracia, como forma institucional y como *régimen* en sentido clásico, es decir, como matriz de inteligibilidad del sentido de lo común, con el propósito de repensar los conceptos con los que nos acercamos a la política y de hacer lugar a los acontecimientos del presente.

Entendemos que esta interrogación puede declinarse en los siguientes ejes:

La democracia, entre consenso y conflicto. La idea de unidad y homogeneidad de la nación como base del Estado democrático se inscribe en tensión con una demanda de reconocimiento de las diferencias, con la reivindicación de políticas de las identidades, con la demanda de inclusión de grupos indígenas, campesinos (pueblos originarios), y de políticas comunitarias frente al pacto democrático, o con la afirmación de estados multiétnicos, demandas todas éstas que constituyen un cuestionamiento del modelo exclusivo de representación individuo /estado. ¿Cómo pensar esta doble demanda, de homogeneidad de la ciudadanía y de diferencias que demandan reconocimiento?

Democracia, extensión de los derechos e igualdad. Al mismo tiempo que asistimos a una extensión de la esfera del discurso y de la práctica efectiva de los derechos -nuevos sujetos de derecho (derechos colectivos), nuevos derechos individuales y sociales (medio ambiente, derechos reproductivos, etc.)-, esa extensión de derechos es coetánea con una brecha creciente entre los sujetos de esos derechos. ¿Cómo pensar política y teóricamente esa coexistencia? ¿Hay condiciones sociales mínimas para una ciudadanía inclusiva? ¿Existe un 'piso' de igualdad imprescindible para que podamos hablar de democracia?

Democracia y liderazgo personalista. La aparición de liderazgos fuertemente personalistas, muchas veces en tensión extrema con el reconocimiento de la legitimidad del disenso, que polarizan de manera tajante la escena política y que al mismo tiempo dan muestras de gran capacidad de intervención en la realidad social, ha vuelto a suscitar ciertos debates en términos que parecían haber

quedado definitivamente enterrados, entre quienes enfatizan los avances en igualdad o en desarrollo, y entre quienes enfatizan el daño irreparable que este tipo de intervención política podría ocasionar en las rutinas democráticas y en las instituciones. ¿Es posible pensar estas nuevas manifestaciones políticas en términos que no reediten la oposición liberal/ populista clásica?

La democracia y las manifestaciones de lo impolítico. La proliferación de formas extrainstitucionales de protesta, a la vez que manifiestan una vitalidad del espacio público y de la extensión de los ámbitos de participación ciudadana, pueden también, al expresar la desconfianza en las instituciones representativas y al erigirse, en tanto acción directa, en expresión social y legitimada de la desconfianza (pueblo veto, pueblo vigilante, vociferante), favorecer la desvalorización de los mecanismos democrático-institucionales de la confianza (actividad electoral representativa), propender al desprestigio de las instituciones formales y estimular el avance de las formas impolíticas de lo político. Nuevamente, entendemos que esta doble connotación de las formas de protesta plantea un problema de relevancia al pensamiento político de nuestros días."

Claudia Hilb y Susana Villavicencio

Villavicencio: en primer lugar, quería agradecerles que hayan respondido a esta invitación y explicarles los motivos de esta propuesta, "Reinterrogando la democracia en América Latina". Les hemos hecho llegar un argumento con la intención de orientar algunos ejes importantes en la discusión. Constatamos, por una parte, la creciente importancia del régimen democrático en los últimos tiempos, pero también las críticas efectivas a las que se ven sometidos los gobiernos democráticos, o aquellos que se reconocen como tales. Y en vistas a tratar de caracterizar algunas de estas cuestiones que podrían ser centrales para la discusión, nos pareció relevante prestar atención a la emergencia de una democracia diferente a la "democracia delegativa". Si en algún momento en nuestro país, la democracia pudo ser caracterizada como delegativa, con una ciudadanía apática, que dejaba hacer a los líderes que, en consecuencia, reforzaban su poder en la eficacia de sus actos, en este último tiempo, encontramos más bien un ciudadano exacerbado que protesta, demanda, y pone en jaque desde distintos ángulos a sus gobernantes. Entonces, lo que aparece en la escena política, es una ciudadanía puesta casi en el límite de lo político y lo

impolítico. Para muchas miradas, esas manifestaciones del pueblo, lejos de ser democráticas son fuertemente dislocantes y aún, anti-democráticas. Por eso, nos ha parecido importante interrogarnos sobre esas acciones de la ciudadanía, de ese pueblo democrático, ¿cómo pensar esas expresiones, que tanto pueden ser vistas como formas de contra-democracia, o como nuevas formas de participación democrática?

Nos gustaría centrarnos inicialmente en este punto. Pensamos que la pregunta por la democracia incluye no solamente el régimen, y que es bueno extender la reflexión a las formas de la política democrática, tanto a la democracia como política, como a sus bases sociales. En ese sentido, ¿cuáles piensan ustedes que pueden ser los elementos significativos de una redefinición de la democracia en América Latina? Y en segundo lugar, ¿de qué manera nos representamos hoy el pueblo de la democracia latinoamericana?

Por otra parte, les hemos hecho llegar algunas reflexiones que imagino ustedes irán desplegando, yo no quise retomar lo que ya estaba escrito en la argumentación de la mesa, les damos, entonces, la palabra.

Palermo: Yo me basé en los lineamientos que ustedes propusieron. Voy a intentar focalizar, entre muchos temas posibles, en los modos de hacer política inherentes o propios del populismo y del nacionalismo en América del Sur hoy, en dos campos: en el campo de la política doméstica y en el campo de las relaciones entre los países, los procesos de integración en un plano más regional.

La exposición estará dividida en tres partes. La primera postula que esta reavivación en muchos campos, tanto del Estado como político, económico, de modalidades populistas y nacionalistas en la actualidad sudamericana en parte se puede considerar como una paradoja: responde a más de un factor, pero se puede decir que en gran medida es consecuencia de los propios avances de la democracia representativa y de los procesos de integración. Me refiero a que América del Sur tiene instituciones que, con todas sus fallas, son relativamente estables -muy sometidas a oscilaciones, a traumas, a momentos dramáticos, a rupturas, pero la historia de la política sudamericana de los últimos 20 años, en ese sentido es inédita: no hay una época parecida en la historia de la política latinoamericana anterior. Me parece que eso, vinculado a los colapsos de una serie de procesos en distintos campos, desde la política representativa hasta en muchos casos el Estado, o la economía, como varios de nuestros países han conocido, hacen que no sea nada sorprendente que haya un retorno bastante intenso de formas populistas y nacionalismos extremos. No quiero interiorizarme ahora acerca de las razones, pero en los dos planos -política doméstica y política

de integración- tomando un elemento entre muchos, es bastante claro que, por ejemplo, los procesos de integración en el Cono Sur, han avanzado en distintos campos. No solamente en el campo institucional, con todos los defectos y todo lo que deja que desear, sino también en el campo económico, en el campo cultural. Y eso aumenta los incentivos políticos para que la agenda de política doméstica esté más presente en la agenda de política externa. Paradójicamente los propios avances del proceso de integración suscitan incentivos y presiones. Entre otras cosas porque los saldos de ganadores y perdedores de cualquier decisión están más claros. Eso, combinado a una ruptura de los paradigmas de los 90, en muchos sentidos, hace que los viejos materiales de la política sudamericana estén a la mano. Siempre estuvieron, pero a veces en un cajón de sastre, ahora se han sacado del cajón de sastre. Tienen efectos no sólo en la política doméstica sino también en la política externa.

El segundo punto, dejando muchas cosas en el tintero respecto a la primera paradoja y sus implicaciones, es que los efectos de estos modos renovados de hacer política, que son viejos conocidos, afectan tanto la política doméstica en términos obviamente institucionales, del juego representativo, pero también afectan en términos sociales y económicos. Estos modos renovados de hacer política son también negativos en lo que se refiere al propio proceso de integración. Esta afirmación me parece menos discutible todavía. Pero además de que son más costosos - los costos son superiores a los beneficios, en toda una serie de campos, no sólo en términos de la consolidación institucional - son inviables. A nivel doméstico son menos viables. En primer lugar, por cambios de largo plazo en la opinión pública, cambios que establecen una relación entre política, liderazgos y grupos sociales que no es la que podía ser, la propia de la polarización adversativa, el aglutinamiento bipolar y excluyente, antinómico de campos, de actores, de la noción de acumulación de poder, de una percepción moralista de los intereses... En los estilos de hacer política hay elementos que están presentes, entre otras cosas con las posibilidades de relación de una opinión pública que no es la misma que teníamos antes, años atrás, o por lo menos antes del paso del mal viento de los regímenes autoritarios.

La segunda razón tiene que ver con que el estado nacional, como tal, está claramente contestado, no solamente por el proceso de globalización sino también por respuestas locales, que lo ponen en jaque y hacen más dificultosos esos rumbos populistas y nacionalistas, precisamente porque el Estado está más vulnerable, más fisurado, tiene más dificultad para llevar adelante ese tipo de acciones.

Y la tercera es que la capacidad de represalias, de acción punitiva de los actores internos frente a ese tipo de modalidades es muy alta, tiene más instrumentos, precisamente porque en el marco de un Estado que está sometido a ese tipo de contestaciones, los actores han ganado poder relativo, tendiendo entonces a erosionar la eficacia de la democracia. Esto me parece un rasgo distintivo de la política sudamericana de hoy.

Y para terminar, voy al tercer punto, que es el papel que los intelectuales públicos tienen, o tenemos, me incluyo en esa bolsa, respecto a esto. En especial en lo relacionado a lo que, difusamente, podemos llamar la izquierda democrática. La izquierda democrática, a mi entender, está claramente afectada por este *revival* nacional populista. Es imposible pensar la izquierda democrática en Latinoamérica sin tomar en cuenta este *revival*, y es imposible pensar este *revival* en muchos de los países, sin tomar en cuenta los sujetos de la izquierda democrática, sean cuales fueren en cada caso. El papel de los intelectuales públicos, sostengo normativamente, debe ser una interlocución difícil, crítica y no complaciente, con la derecha liberal democrática, por llamarla de alguna forma, identificándola - simplificando mucho las cosas -, en la Argentina, con el pensamiento del diario La Nación .

Creo que la interlocución tiene que abrir el espectro a temas que están hoy fuera de los intereses del grueso de la izquierda democrática sudamericana, y que se refieren al republicanismo, con los propios tics de esa izquierda democrática que en muchos casos aplica dos sistemas de pesos y medidas para juzgar los procesos. No voy a dar ejemplos pero son evidentes para cualquiera de ustedes.

Creo que dentro de la agenda mental de la izquierda democrática no está presente una cuestión muy importante: la construcción institucional, y la relación entre construcción institucional, republicanismo y conflicto. En el Club de Cultura Socialista hubo un debate muy interesante, llevado adelante por Martín Sabatella, el intendente de Morón, al cual yo respeto políticamente y considero no sólo una gran persona sino un excelente político. La preocupación principal de él era cómo aglutinar al campo de la izquierda democrática nacional popular. Yo creo que esa es una preocupación equivocada. No ayuda. Ese campo va a estar siempre, creo que lo que hay que hacer en ese sentido es fortalecer un perfil y distinguirse, no aglutinar. Ese tipo de aglutinaciones, si antes nos llevaban a la derrota, ahora nos llevan a que directamente no se pueda hacer política.

Cheresky: Yo me atengo al título de la convocatoria, "reinterrogando la democracia". Creo que la propuesta de reinterrogar la democracia puede aplicarse

a América Latina y puede ser más extensiva. Esta discusión está situada en América Latina y en el mundo porque existen signos de que la vida política democrática no es más lo que era en el pasado, lo que conocimos en el siglo XX, y que estamos ante el desafío de ver si podemos desarrollar una interpretación que no sea simplemente quejarnos de que las cosas ya no son como eran, o de ver los procesos y los acontecimientos nuevos con anteojos del pasado.

Un punto de partida para la reflexión puede ser lo que ha venido sucediendo en el contexto regional. Hay procesos muy diferentes en los distintos países. El riesgo de este tipo de discusión es patinar de un lado para el otro y meter la pata por todos lados, pero me atrevería a decir que un rasgo general es una repolitización generalizada. Creo que el primer signo de la repolitización consistió en una movilización en respuesta a lo que fue dominante en los años 90. Frente a las políticas de desregulación y desprotección de los 90 hubo una reacción cuyo signo fue el rechazo a esa experiencia que tuvo características variables en los diferentes países. Hay una frustración que está en el punto de partida de cierta movilización colectiva.

Y creo que el segundo rasgo general es una ampliación del término democracia. El uso del término populista, o populismo, en el uso corriente -no voy a entrar en una discusión más conceptual, que coloca al concepto en otro rango -tiene un signo peyorativo, ilustrativo de las experiencias pasadas que evocó Palermo. Yo creo que las movilizaciones colectivas, incluyendo las de Venezuela, Ecuador y Bolivia, no pueden ser fácilmente rotuladas con esa etiqueta que en otros momentos nos sirvió. Por lo menos en el registro de lo que considera la circulación periodística y más mediática del término. Creo, por el contrario, que hay un proceso de ampliación democrática, de expansión de la conciencia del principio igualitario en nuestras sociedades. Esa manifestación tiene un grado de politicidad limitado, que es el de la multiplicación de las demandas particulares. Observamos resurgimientos identitarios y demandas; hemos visto, en el caso de algunas sociedades que mencioné recientemente, el derrumbe de democracias limitadas bajo el empuje de la acción de excluidos y descontentos. Si admitimos ese registro no podemos simplemente pensar en términos de retorno. Porque no es un retorno. Lo que sí creo es que efectivamente algunas sociedades de la región estaban colocadas en un contexto pre democrático. Tendría reservas en pensar que es el caso de Venezuela. Pre democrático en el sentido de que las condiciones y características de una república democrática no están satisfechas, no quiero entrar en el análisis de un caso particular. Pero eso no es el registro de un retroceso. Entonces el problema, tanto en esa sociedad como en otras, nos presenta esa complicación. Creo que se

ha producido, sobre todo en los últimos años, a los inicios del siglo XXI, un viraje muy importante en el clima ciudadano, público, que ha tenido esas dos expresiones que yo señalé anteriormente, que no colocaría con el rótulo de "giro a la izquierda" porque creo que no podrían ser imputadas a la existencia de un proyecto de sociedad o un rumbo político, sino que tienen justamente la característica de la multiplicación de las reivindicaciones, de la ampliación. A menos que uno quiera colocar bajo el signo de izquierda esta ampliación democrática, es decir, la extensión del principio igualitario, que yo creo que sí efectivamente está a la orden del día.

Creo que los problemas de la región, para algunos analistas políticos, son problemas de atraso, desde el punto de vista del desarrollo político. Problemas de las rémoras de América Latina. Yo creo que en América Latina hay rémoras desde el punto de vista institucional, en la mayoría de las sociedades no está asegurado el estado de derecho, por ejemplo, y eso podría ser un argumento. La mayoría de las manifestaciones y expresiones a las que me he referido no vienen del pasado sino del futuro. Son los problemas que se le presentan a la democracia contemporánea, y que de algún modo se están presentando también en las democracias llamadas desarrolladas. Esta es la base de mi argumento.

Voy a hacer dos observaciones sobre la evolución reciente en América Latina. Primero, hay un signo de enraizamiento democrático muy importante que es el de la centralidad de las elecciones. La vida pública está ordenada en vista a los procesos electorales, porque es el modo de acceso al poder y ejercicio del poder en nuestras sociedades. Esto tiene una enorme significación, porque supone un enraizamiento de la democracia desplazando dos tradiciones que pesaron en América Latina: la tradición corporativista, que proponía los arreglos corporativos - no sólo de la corporación militar, sino de todas las otras corporaciones - como representaciones legítimas y más auténticas que la "ficción electoral". Esa tradición es una de las que está desplazada por esta evolución. La otra tradición es la vanguardista. La idea de que hay un saber sobre el pueblo que va más allá de la expresión del pueblo mismo, y que lo sustituye, o que se le anticipa. Las elecciones han sido tan importantes que lo que ha sucedido en el período reciente no puede ser entendido sin tomar en cuenta la significación en particular de las elecciones presidenciales, que han sido la oportunidad de la dramatización política en América Latina, y es lo que nos permite establecer un mapa de ese desplazamiento. Las elecciones presidenciales justamente ofrecen alternativas políticas, es decir, no administrativas. En ese sentido hay una politización. Se produce en un contexto donde en general han mejorado los estándares económicos de la sociedad, no son simplemente reacciones de

protesta del registro de la condición económica en la que se encuentra esa sociedad. En este proceso juegan un rol central los liderazgos y la comunicación mediática.

Quiero hacer una advertencia respecto al tema de las elecciones: cuando hablamos de elecciones tenemos que tener en cuenta que no son las elecciones del pasado, no son el escenario para la medición de las relaciones de fuerza de identidades preconstituidas. Lo extraordinario de los procesos electorales en curso es que son procesos electorales en donde lo primero que está en juego es la constitución de la escena de los protagonistas que van a competir por el poder político y los temas que los diferencian. Yo, que analizo procesos electorales, me encuentro con una gran dificultad, y es que no podemos hacer más mediciones porque no existen más los mismos rótulos para la competencia política. Porque el terreno en el que se producen estos procesos ciudadanos es el terreno de la fluctuación o desidentificación ciudadana. Dicho en otros términos, se ha instalado de modo permanente - en Argentina pensamos que era la consecuencia transitoria del 2001, pero a esta altura creo que podemos convenir en que no lo es - la distancia entre los ciudadanos y la oferta política, o los dispositivos con los que compiten los candidatos. Y en consecuencia las elecciones lo que plantean como desafío es un proceso de identificación. Hay que constituir un electorado. No se trata de ver si un electorado pre existente crece un poco más o se reduce un poco menos.

Sería fácil acá mencionar a Chávez, a Correa o a Humala, que han sido experiencias de liderazgo, personalistas, que se instalaron en escena. Pero yo creo, habría que tener la oportunidad de discutirlo, que lo que yo digo es también cierto para Kirchner, Lula, Bachelet y Tabaré Vázquez. Es decir que, en grados variables, durante los procesos electorales se constituyen las identificaciones políticas, un electorado y un vínculo de representación. Con la fragilidad propia de las características que señalo, es un proceso que tiende a ser general. Es decir, los procesos electorales son procesos de institución política. Procesos donde se trata de conformar un liderazgo. Las elecciones porteñas, son un caso extremo de lo que yo trato de ilustrar.

Se puede afirmar que los partidos políticos ya no son lo que eran, ni lo volverán a ser. Esto significa que los partidos que conocimos en el siglo XX, con modalidades diferentes en distintos lugares del mundo, eran proveedores de identidad y reproductores de una identidad política. Sin embargo, los partidos políticos subsisten -quiero aclarar el malentendido que puede crearse a partir de que he escrito un libro llamado *La política después de los partidos*, que puede llevar a pensar que postulo que los partidos han desaparecido, o que la

competencia política puede producirse sin que haya al menos etiquetas políticas. Pero, ahora los partidos son otra cosa. Son organizadores de la competencia política, con capacidad limitada de fijar la agenda pública. Si quisiéramos hacer un análisis comparativo, las recientes elecciones francesas son una buena ilustración de cómo ha cambiado, incluso en las sociedades desarrolladas, la vida pública, y cómo se configuran las escenas de la competencia política.

Sobre este punto, mi último comentario es que se puede afirmar que en la región hay un régimen institucional, que las garantías del Estado y de los derechos no son iguales para todos, y que eso es un déficit de la organización pública que no se puede ignorar. Hay una tarea de construcción institucional. Se puede, al mismo tiempo, decir que la prédica hiperinstitucionalista en política ha llevado a ignorar la evolución política en la región. Yo adherí, en este punto, a la crítica de Hayek hacia estos pensamientos contemporáneos que toman a la sociedad como si fuera una organización. Eso implica creer que las instituciones tienen una función de contener la vida política. En cambio la relación entre principios democráticos e instituciones democráticas tiene otras características, y las instituciones democráticas que conocimos en el siglo XX no están, probablemente, adaptadas para el tipo de evolución o mutación a la que estamos asistiendo.

El último punto, que simplemente voy a enunciar, es el de la autonomía ciudadana. Yo dije, las elecciones son esenciales, son centrales, e inmediatamente agregó que son insuficientes. Esto significa que la gran novedad es que la vida política tiene en el dispositivo de la representación uno de sus resortes. Pero el otro lo tiene en el espacio público político donde hay actores que cambian: desde la ciudadanía pasiva que es la opinión pública configurada a través de las encuestas, las forma de representación virtual (grupos de acción pública), hasta la protesta y el estallido; una variedad de expresiones de la desconfianza ciudadana. Ahora, la desconfianza ciudadana, siguiendo un poco a Pierre Rosanvallon, que acaba de escribir *La contrademocracia*, ya no es más, en los tiempos actuales, una expresión puntual y marginal en el área pública, que simplemente corrige el dispositivo institucional. Dicho en otros términos, el problema de la legitimidad se plantea constantemente para gobernantes y para opositores, es un problema permanente. Se ganan las elecciones y después hay que mantener la legitimidad frente a una ciudadanía que no está conformada por las masas en la calle, pero que tiene una capacidad de impugnación que puede llegar al desplazamiento de los gobiernos, como bien lo hemos visto frecuentemente en la región.

Yo creo que frente a esto una actitud ha sido conservadora, como ha evocado Palermo, de decir "vivimos en sociedades irregulares, las cosas ya se pondrán en orden". Yo creo que hay una tradición de institucionalismo que va en esa dirección y que viene desde la discusión de *El Federalista* en los orígenes de la revolución americana, que es la idea de la turba amenazando la democracia.

Sin embargo, creo que el riesgo que en este momento es mayor es cierta idealización de la movilización. La activación social no es portadora de ninguna virtualidad democrática o positiva *per se*. Es la posibilidad de que se constituya el *demos*, como pensaban los antiguos. Pero los antiguos pensaban que el pueblo, en su expresión inmediata, es simplemente *okhlos*, necesidades y pasión. Si no hay palabra política, responsables políticos, algún grado de institucionalidad política, lo que queda es la expresión de reclamos identitarios e irredentistas, incluso, con toda la capacidad de destrucción que ello acarrea. Quería terminar sobre este registro de la ambivalencia de la situación. Y sin embargo yo creo que las novedades que se han producido son ilustrativas de una ampliación de la democracia, porque creo que la democracia es un régimen mixto, basado en un principio igualitario, que genera la dinámica de la igualdad ciudadana, y a la vez un principio aristocrático, que es el que hace que los gobernantes emerjan de los círculos permanentes del poder, dicho de modo muy genérico. El voto ciudadano para todos no se corresponde con igualdad en la posibilidad para todos de acceso al poder. En consecuencia, la coexistencia de la representación con la desconfianza y la protesta constituyen la ilustración de la conformidad con elegir, y el deseo de no dejar a los gobernantes librados al ejercicio del poder aristocrático.

De Riz: Yo seré breve. Sin duda, este malestar con la democracia y esta preocupación por repensarla no es propio de esta zona del mundo, ni de este país. Hoy casi todos los países del mundo definen sus sistemas de gobierno como repúblicas democráticas y representativas, pero la representatividad está en crisis, los partidos son maquinarias electorales costosas que se limitan a llevar a posiciones de poder a los candidatos y la distancia entre electores y partidos se acrecienta.

A mí me parece importante señalar que la crisis no se limita a la representación política, sino que abarca también la crisis de las categorías con que pensamos lo social. La sociedad no es más la sociedad industrial, organizada en clases, con partidos de masa que reunían todas las características que estudiamos en el siglo XX. Este malestar tiene que ver con algo que va más allá de la mediación política misma y abarca a los instrumentos con que la sociedad

se conoce a sí misma. La fragmentación y diferenciación social que constatamos, el surgimiento de nuevas figuras sociales, la diversidad de demandas y la creciente complejidad resultante han vuelto más opacos a esos instrumentos: ya no permiten tener claridad acerca de cómo intervenir para producir los cambios deseados. Es importante reconocer que se les pide a los partidos más de lo que pueden hacer y que las ofertas políticas irrealizables con que suelen captar al electorado, explican parte de la frustración y el desencanto que generan.

Los sondeos de opinión, las encuestas, los medios masivos de comunicación, Internet y la comunicación electrónica son los nuevos guías del comportamiento. ¿Se trata de una nueva forma de democracia que algunos denominan de opinión o democracia de lo público? ¿Estamos en una suerte de pos democracia en la que paulatinamente se acepta que las decisiones se tomen sin debates parlamentarios, de modos menos transparentes y cada vez más personalistas?

Dicho esto, en esta parte del mundo, y en Argentina en particular, la llegada de la democracia en 1983 se produjo con el telón de fondo de una tradición que no era de democracia representativa liberal acorde a los cánones del siglo XIX. Tampoco estuvo precedida por una reflexión acerca de cómo organizarla y por lo tanto del papel de los partidos como piezas clave de la mediación política. Para decirlo de otro modo, los partidos no estaban en el centro de la preocupación. La literatura sobre las transiciones privilegió la movilización de las masas y la actividad de la sociedad civil, desconfiada como lo fue de la democracia liberal o "formal". Sin embargo, los estudios sobre cómo funcionaban las democracias pronto colocaron a las instituciones como ejes de los debates. Floreció una literatura con un enfoque minimalista que creyó tener las claves de una ingeniería política capaz de crear las condiciones para resolver los conflictos de manera pacífica y sostenida. Una concepción cercana a la de Schumpeter dejó a un costado los significados de igualdad y solidaridad con los que naciera asociado el concepto de democracia.

Como sabemos, la democracia no es sólo elecciones. Es, en todo caso, un método pacífico de reemplazar a los gobernantes. Pero es también un modo de ponerle controles al ejercicio del poder y, por último, un modo de darle voz a los que no tienen voz. Esta visión, más liberal de la democracia, a la Dahrendorf, me parece un punto de entrada a la discusión hoy, que interpreto se refiere a cómo darle voz al "pueblo", o como yo prefiero decir, a los ciudadanos y ciudadanas, ya que tengo una gran resistencia a decir "el pueblo", porque quien dice "pueblo" dice "estado" y evoca una voluntad general encarnada en quienes toman las decisiones. Creo que la voluntad se construye colectivamente en un ejercicio de

diálogo y experimentación, diálogo que no puede ser sustituido por un proceso de decisiones en manos de liderazgos ilimitados. Esto me lleva de una forma desordenada - aclarando que respeto mucho la obra de Laclau, que sirvió para iluminar el pensamiento más pobre de la ciencia política muy imbuida de los esquemas americanos - a afirmar que no pienso que el populismo pueda ser sinónimo de política. Lo miro de un modo mucho más discreto y quiero decir que me sigue pareciendo más fértil el enfoque que hace cuatro décadas diera Helio Jaguaribe al afirmar que el populismo es un modo de ejercer el poder cuando está en crisis el sistema de mediaciones y el líder encarna la esperanza de ser una vía rápida para alcanzar los objetivos postergados que las mayorías demandan. Esta vía rápida, hiperdecisionista, confiada en las virtudes de aquéllos en quienes se ha depositado un mandato a través de elecciones, es un modo que a veces puede ser progresista en la orientación de sus políticas públicas, pero es un modo autoritario, que en nuestro país, desde Alberdi para acá, tiene una larga tradición. Contra ese modo autoritario, yo me resisto, y digo que eso es una desviación de lo que nosotros tendríamos que tratar de construir como democracia. Los partidos no son ni serán lo que fueron, pero algo deberán ser, algo deberán reconstruir como orientación de política pública para gobernar esta sociedad. No me resigno a pensar que solamente podemos tener esto que se llama democracia de opinión. Que como no existe más la democracia concebida en los libros del siglo XIX, que nunca se han encarnado en la realidad, entonces hoy tenemos otra cosa, que es esta post democracia, democracia de opinión, etc., de la cual todo el mundo tiene la ilusión de que es la democracia directa porque tiene dos maneras de expresarse. La primera son las encuestas, qué es lo que la gente quiere - suponiendo que la gente sabe qué es lo que quiere, está estructurada su opinión sobre muy diversas cuestiones... Esto no es una visión elitista, no todo el mundo tiene una visión estructurada sobre las cosas, yo no sé sobre cómo resolver la crisis energética, y sin embargo las encuestas preguntan sobre todo. Y por otro lado están los *spots* televisivos, la manera en que se encarna la relación del pueblo con la política en la vida cotidiana. Yo creo que esas dos ilusiones de relación con el poder obturan la posibilidad de un ejercicio de una democracia como modo de vida y, a la vez, como forma de gobierno. Porque no será sólo un modo de gobernar, con un conjunto de instituciones *ad hoc*, pero la democracia es una forma de gobierno. Y como forma de gobierno tiene que responder con eficacia a demandas, tiene que ser un Estado que pueda producir bienes colectivos. Porque el populismo crece entre la frustración que proviene sobre todo del hecho de que el Estado no pueda proveer o que la democracia no pueda resolver problemas de bienestar colectivo. Como sabemos hoy, con la situación

que se vive en las grandes ciudades, de pobreza, indigencia y desestructuración social, es muy difícil imaginar las respuestas. Y sin embargo, es más difícil para mí imaginarlas en el contexto de la ausencia de esos mecanismos mediadores. Cómo construir organizaciones de la sociedad, pero sobre todo partidos y una dirigencia que pueda dialogar, discutir y presentar agendas de política pública, construidas en la mediación, construidas en el diálogo, como no veo otro modo de construir las en democracia. Porque no me parece que haya una esencia nacional y popular, que nos reúna a los nacionales y populares, que somos buena gente, decidida a hacer el bien para el pueblo, sino que me parece que hay agendas de debate sobre temas en los cuales hay que tomar posiciones, y que importan tanto los fines, que son la igualdad, la justicia social, solidaridad, como los medios para conseguirlos, que son la deliberación, la transparencia, por lo tanto la no corrupción, un estado que sea público y no privatizado y colonizado por los intereses de quienes gobiernan y manejan los fondos.

¿Cómo producir bienes colectivos, cómo lograr el bienestar social de las mayorías postergadas? Me parece que allí está el meollo del necesario debate sobre las políticas públicas. La política pública se construye en el diálogo y la experimentación. Pensando en América Latina, por ejemplo en el caso boliviano, me parece que Evo Morales tiene más que ver con los *narodniki* rusos, con el populismo ruso a través de la idealización de un pasado, el de los pueblos originarios y el estado pre colonial como si el estado pre colonial hubiera sido un estado justo y generoso, cuando fue déspota y cruel. Pero hay una especie de mitología del pasado que vino a ser corrompido por los colonizadores y por lo que pasó después, que me parece muy claramente evocadora en el caso de Evo. En Argentina, el modo de ejercer el gobierno que tiene el presidente, no aparece vinculado a un pasado idealizado sino a la reparación de un pasado reciente y devastador. Es una gestión eficaz en muchos aspectos de un capitalismo argentino en un momento de expansión y con muchos recursos, y creo que la política populista necesita realmente períodos de expansión para poder lograr administrar los recursos públicos en pro de un mayor bienestar de las mayorías. Pero es una gestión en la que la delgada línea que separa democracia de autoritarismo se mueve al compás del humor presidencial.

Laclau: voy a tratar un problema que ha surgido de varias de las presentaciones que ustedes han hecho, que es la relación entre identidad popular y qué es lo representativo y qué es democrático. Para mí la democracia se vincula a la idea de crear una forma de expresión para los de abajo. La democracia no es necesariamente un régimen de características liberales. En América Latina había,

en Argentina, particularmente, antes de 1930, un régimen liberal que se consideraba a sí mismo democrático. Pero de democracia tenía muy poco. El sistema político se organizaba de la siguiente forma: en el nivel más bajo de la pirámide social, los punteros, que controlaban 3 ó 4 cuadradas. Si alguien había dado una puñalada a otra persona en un bar, el puntero lo sacaba de la comisaría. Si alguien necesitaba una cama de hospital, el puntero conseguía una cama de hospital. Si la hija se había recibido de maestra, había contactos en la Municipalidad y se le conseguía un puesto de maestra. Y a cambio de eso, le daban votos. Por encima de los punteros estaban los caudillos, que dominaban todo un barrio. Después estaban los doctores, no es que tuvieran PhD, sino simplemente eran el Senador, el Diputado, etc., que tenían que negociar con esos niveles más bajos de la pirámide para ser elegidos. Cada año en el Congreso se llegaba así, y había que votar un subsidio al club de fútbol de tal lado y de tal otro, y de alguna manera las demandas de las bases llegaban a lo alto de la pirámide. Ese régimen era totalmente liberal democrático, pero de democrático tenía poco, porque las demandas eran todas individualizadas y vehiculizadas a través de estos mecanismos clientelísticos. Lo que empieza a ocurrir después, en los años 30, con la crisis económica, es que el sistema ya no puede satisfacer las demandas que vienen desde las bases. Comienza una situación pre populista, en la cual hay acumulación de demandas insatisfechas en la base, y un sistema institucional que ya es incapaz de absorberlas. En cierto momento llega alguien completamente desde afuera del sistema, que comienza a interpelar a esos de abajo cuyas demandas no podían ser satisfechas individualmente. Y ahí es donde se da el momento de la ruptura populista. Estoy de acuerdo con Liliana en que no hay una esencia nacional popular, pero hay símbolos nacional populares que en cierto momento cristalizan una pluralidad de demandas. Si ustedes tienen un problema de habitación que no es resuelto, pero al mismo tiempo ven que al lado hay una persona que tiene un problema de transporte que tampoco es resuelto, y un problema de escolaridad, y un problema de violencia policial, empieza a crearse una cadena de equivalencias entre todas esas demandas. Esas demandas cristalizan, en cierto momento, en torno a ciertos símbolos. El problema fundamental es que en cierto momento en América Latina empieza a haber regímenes que son profundamente democráticos, porque satisfacen todas estas demandas, pero no se pueden expresar a través de formas liberales. Surge ahí el problema del populismo nacionalista que empieza a existir en los años 30 y 40, en muchas ocasiones con formas militares. El problema básico de la democracia es cómo combinar formas liberales con identidades nacional populares. Sin esas identidades nacional-populares, es decir, sin que la gente se vea a sí misma como

actores sociales, es prácticamente imposible tener una democracia real. Creo que una de las ventajas que tiene la experiencia latinoamericana en los últimos años es que las dictaduras militares golpearon a las dos tradiciones: a la tradición liberal democrática y a la tradición nacional democrática. Se empezaron a crear las condiciones para que una fusión que anteriormente no se había dado en la historia latinoamericana, empezara a darse. Creo también que en la experiencia europea, a principios del siglo XIX, el liberalismo era un régimen perfectamente aceptado. Existía en Inglaterra desde fines del siglo XVII, al menos en Francia desde la *monarchie censitaire* empieza a ser absolutamente imperante, y por otro lado, la democracia en términos peyorativos. Se ligaba a la democracia con el gobierno de la turba, el jacobinismo y todas esas formas. Hizo falta un largo proceso, en el siglo XIX, de revoluciones y reacciones para que una cierta integración entre esos dos elementos pudiera darse.

Antes de seguir discutiendo quisiera insistir en dos aspectos en esta formulación inicial. En primer lugar, creo que el momento de la identificación con el líder, con el símbolo -porque el símbolo casi siempre es un líder, por razones que podemos discutir- es absolutamente central para la constitución de cualquier identidad democrática. Freud escribió el libro *Psicología de las masas y análisis del Yo*, donde dice, por un lado, existe la igualdad entre los hermanos, traducido al lenguaje político sería entre todos aquellos que tienen problemas respecto al sistema, habitación, escolaridad, o lo que fuera, y, por otro lado, la identificación con el padre. Entonces Freud dice: el ego ideal es siempre la identificación con el líder. De otro lado están los egos. Pero la distancia entre el ego y el ego ideal no es siempre la misma. Por ejemplo, si una sociedad está más institucionalizada, las instituciones funcionan mejor, la gente está menos desprotegida, y necesita menos una identificación de tipo trascendente. Si una sociedad aparece completamente desintegrada, entonces la identificación con el líder es mayor. Pero yo diría que nunca es ni tanto ni tan poco. Nunca hay una situación totalmente institucionalizada en la cual la identificación con algo que vaya más allá del sistema existente no sea necesaria, ni nunca hay una situación en la cual haya una identificación total con el líder que desvanezca todos los mecanismos institucionales. Jorge Abelardo Ramos decía que la sociedad nunca se polariza entre el manicomio y el cementerio sino que está en un lugar intermedio. Creo que eso es en buena medida verdad. Ese sería un primer punto. Un fenómeno como el chavismo en Venezuela no hubiera podido desarrollarse con la eficacia con que lo está haciendo, sin los técnicos cubanos. Porque hay 30.000 técnicos cubanos en este momento en Venezuela, sobre todo maestros y médicos. Anteriormente la gente estaba viviendo en una localidad y el médico más cercano

estaba a tres días de distancia, la gente se moría de cualquier manera. Actualmente los médicos cubanos viven en el lugar, con cierto riesgo, porque son zonas en las que la seguridad es muy precaria, y han asesinado a varios médicos. Pero de todos modos, la gente empieza a acostumbrarse a que los servicios de salud son algo que el estado tiene que proveer. A partir de eso se empieza a crear una conciencia colectiva de un nuevo tipo. Ahí es donde creo que se ve el problema de la construcción democrática, la construcción democrática es que surjan actores colectivos capaces de encarar un proceso de cambio. Este proceso, sin la identificación con Chávez, habría sido imposible. Habríamos tenido algo completamente utópico de pequeños grupos movilizadas sin ninguna posibilidad de expresión nacional. Los dos niveles que Freud mencionaba están presentes claramente en este proceso. En Argentina, probablemente el elemento inmanentista, el momento institucional va a ser siempre mucho más fuerte que lo que son en una experiencia como la venezolana, pero de todos modos la distancia entre los dos niveles existe.

Y el último punto que quiero señalar es que me parece esencial entender la relación entre democracia y representación. Como ustedes saben, la categoría de representación es una categoría que los teóricos democráticos, empezando por Rousseau, siempre desconfiaron. Para Rousseau la única sociedad realmente democrática era una sociedad en la cual había democracia directa. Pero él aceptaba que por el tamaño de los estados nacionales eso era imposible. Entonces la cuestión era que había que reducir la relación de representación a un mínimo. Es decir, el representante tiene que transmitir una voluntad del representado de la forma más transparente posible. Ahora, ¿esto es verdad? No, no es verdad, porque el representante tiene que hablar en un terreno distinto a aquel en el que el representado actúa, y por lo tanto, tiene que elaborar un discurso de tipo nuevo. Y ese discurso de tipo nuevo repercute en la identidad del representado. El representado es, en parte, transformado por el proceso de representación. Ahora, se podría decir que si hay estas dos corrientes, del representado al representante y del representante al representado, el régimen es más democrático si la primera corriente, de representado a representante es el que predomina. No siempre. Porque todo depende de cómo se constituye la identidad del representado. Si el representado tiene intereses corporativos muy sólidos, y demás, él sabe lo que quiere. Pero muchas veces, por razones que ha planteado muy bien Isidoro, lo que se da es que a través del proceso mismo de representación, se construye la identidad del representado. Por ejemplo, hay un libro muy lindo de Peter Klaren, que se llama *La hacienda azucarera y los orígenes del APRA*, donde plantea que el sólido norte aprista se constituye

después de que la monopolización de la hacienda azucarera ha disuelto prácticamente las relaciones sociales. La gente está con las raíces a la intemperie. La misión del líder populista allí consiste en organizar la misma sociedad civil. Desde las bibliotecas populares, los clubes de fútbol, tienen que ser organizados a través de la mediación política. Eso implica que el representante tiene un rol realmente protagónico en el proceso. Pero sin ese rol protagónico esa gente no tendría ningún acceso a la esfera pública. O sea que me parece que en cualquier proceso democrático, toda esta cuestión de la teoría de la representación es absolutamente central, y no está determinado que una u otra forma de mediación representativa tenga que predominar, eso hay que verlo en cada situación concreta.

De Riz: Sobre la teoría de la representación, yo quiero ir un poco más allá de la dificultad que ya está planteada en Rousseau. Desde la Revolución Francesa misma se entiende a la representación como representación de la Nación, y que los representantes forman un gobierno, son un órgano del estado, con la necesaria autonomía para actuar a favor del estado. Los gobiernos de hoy tienden a ser gobiernos de coalición, resultado de amplios consensos, de modo que no logro asociar la representación con la figura providencial de un líder que encarne la voluntad general. Me siento de una generación que abandonó toda ilusión sobre el poder salvador de un solo hombre.

Laclau: Andá a Caracas y vas a ver...

De Riz: no fui a Caracas a ver, pero hablo con los amigos venezolanos y sigo en los medios lo que pasa. Los intelectuales venezolanos con los que tengo diálogo, de ninguna manera entienden que están delante de un líder que va a constituir la identidad del pueblo venezolano para llevarlo a la tierra prometida. Ahí hay un problema serio, grave, de autoritarismo, de manejo del petróleo que puede terminar en otra oportunidad perdida, donde el petróleo es la suerte y la desgracia de Venezuela, porque se va a terminar rifando el petróleo, con esa política que consiste en financiar hasta a la empresa Sancor con el dinero proveniente del petróleo. Sinceramente creo que soy de una generación que en gran medida ha perdido toda ilusión de que alguna vez un líder nos lleve a un futuro mejor, como el caso de Fidel Castro. Y de ninguna manera me parece que a pesar de la intención de reemplazarlo que tiene Chávez, llegue a ocupar ese lugar.

Laclau: Bueno, estoy en desacuerdo contigo sobre eso...

Palermo: Me gusta la franqueza con la que estamos discutiendo este problema. Yo no me acoplé a las disquisiciones acerca de este problema que destaca Ernesto, porque creo que todos sabemos que hay sociedades -ya sea teóricamente o incluso en experiencias históricas concretas- que son democráticas y que no gozan de características liberales. Desde el punto de vista normativo es muy importante que el tipo de democracia que nos interesa sea uno en el que los valores del republicanismo, por un lado, y del liberalismo por otro, estén en tensión, dentro de esta forma de régimen. La palabra democracia no me satisface, y no nos dice casi nada si no explicitamos qué es lo que queremos, o con qué cosas estamos comprometidos. Sin olvidar las cuestiones de que hace mucho tiempo estamos hablando de régimen representativo, usamos la palabra democracia para hablar de otra cosa. Porque rigurosamente no es democracia. Me parece que esta cuestión es compleja. O pensamos a partir de una posición valorativa, y normativa explícita, o no lo hacemos. Yo lo hago. En ese sentido Ernesto planteaba cómo combinar las formas liberales con las identidades nacional populares, porque sin eso no habría democracia real. Yo creo que o entendemos que las identidades nacionales y populares son todas, o tenemos un problema. ¿Adónde están las identidades nacional populares? ¿El PT es menos identidad nacional popular que los socialistas? ¿O la Izquierda Unida? O son todas o no es ninguna. Que sean todas significa que todas tienen de alguna forma u otra el derecho de decir: "la mejor forma de defender los mejores intereses de la nación es nuestro programa". O no es ninguna. Porque si es una, en contra de todas, tenemos un problema. No veo cómo combinar esta forma con los valores liberal democráticos y republicano democráticos que son fundamentales para mí, me interesa pensar la cuestión de la izquierda democrática desde esos valores.

El otro tema es la cuestión del liderazgo. Me parece absolutamente indiscutible que hay un modelo de identificación con el líder en la política pero ¿qué tipo de liderazgo? Porque la dimensión populista no está presente en todos los procesos de identificación con un líder. En el caso de Roosevelt, en los años 30, ¿hay un proceso de identificación populista con el líder? Indiscutiblemente. ¿Hay ingredientes populistas en el liderazgo y la política rooseveltiana? Seguro que sí. Pero hay construcción institucional, hay preocupación por la construcción institucional. Entonces yo diría que desde ningún punto de vista Roosevelt gobernó con los componentes más preocupantes de la polarización populista o la polarización nacional popular. Alguien puede decirme: no, pero eso en América Latina no vale. No lo sé. Hay muchos casos de identificación con líderes que

construyen instituciones. Y hay muchos casos de líderes que usan el liderazgo, precisamente, para retomar un poco lo que decía Liliana, como una cuestión de tiempo, donde el tiempo de la política se acorta. Se acorta y se acorta hasta que colapsa. Estoy totalmente de acuerdo en que eso es fundamental en la política de hoy. Me resulta muy exasperante la idea que aparece en el periodismo o en los analistas, de que la política buena es la política donde no surgen los liderazgos. ¡No! los liderazgos constituyen, y no hacen lo que quieren, hacen lo que corresponde que sea hecho. Esto lo digo de la forma más provocativa.

Respecto a la eficacia del Partido Socialista de Venezuela, estoy un poco asombrado, no sé, quizás el tiempo te dé la razón, yo no le veo ninguna eficacia al Partido Socialista. Con 30.000 cubanos o con 300.000. Sinceramente me parece que es salir de una discusión para pasar a otra, no creo que sea el momento, pero la verdad es que tengo mis grandes dudas desde todo punto de vista respecto a la evolución de la política venezolana. Creo que es interesante la noción de que no hay una esencia nacional popular. El problema es que la idea que se tiene en ciertos ámbitos de la política, del campo académico, del ensayo, del periodismo, de la diplomacia, acerca de un interés nacional preconstituido, es asombrosa y es extremadamente perniciosa. Y constituimos el interés nacional. Cada vez es más difícil y más costoso, tanto hablando de política doméstica como de política exterior. Algunas veces no queda más remedio: cuando De Gaulle dice "Argelia para los argelinos", se terminó, el interés nacional de Francia pasa por ahí. Pero esos son casos excepcionales. A mi entender, lo deseable es que no nos pasemos constituyendo el interés nacional. Lo deseable es que digamos: hay muchos intereses. Si Kirchner hubiese enfrentado el problema de las papeleras con un *approach* como el que yo creo que tendría que haber usado, Argentina estaría pagando muchos menos costos políticos, identitarios, sociales, culturales, y económicos, que los que está pagando, precisamente porque Kirchner automáticamente compró la idea de que hay un interés nacional. ¿Adónde está? ¿Uruguayos de un lado, argentinos del otro? Ah, entonces el interés nacional está claro. Este es el interés nacional y es una causa nacional.

Laclau: Hay varios aspectos. En primer lugar, no creo tampoco que haya una esencia nacional popular ni ninguna de esas categorías místicas. Lo que he dicho es que lo que constituye la identidad nacional popular es la lógica de los significantes vacíos. En cierto momento un significante pasa a representar algo, mucho más que lo que el significante implica. Por ejemplo, el caso de Solidarnosc, en Polonia. Al principio los símbolos y la demanda eran de un grupo de obreros de los astilleros Lenin de Gdansk, pero por el hecho mismo de que

había muchas otras demandas frustradas en ese país, esos símbolos de los obreros de Gdansk pasan a ser algo mucho más amplio y adquieren otra dimensión de tipo nacional. Entonces, no hay política sin alguna forma de creación de estos significantes.

En segundo lugar, pienso también como Palermo que no se puede dar una política populista pura. Por eso mismo he dicho antes, refiriéndome a Freud, que todo tipo de política va a tener que complementar una creación popular de identidades con una política institucionalista. Y la proporción en que estas dos dimensiones se mezclen en distintas experiencias políticas, va a depender en buena parte de la situación.

En tercer lugar, no digo que todo populismo es bueno. El maoísmo fue una forma de populismo, pero el hitlerismo también fue una forma de populismo. O sea que el populismo es una forma de construcción de lo político, no una ideología a la que uno pueda suscribir en todos los casos. Hay populismos que yo aprobaría y otros que no aprobaría en absoluto. Y en cierto momento me inclinaría más hacia una política institucionalista que hacia un populismo de un signo ideológico que no comparto para nada.

Villavicencio: Quería hacer una pequeña acotación: en América Latina pareciera que esa suerte de balance entre el líder y las formas más institucionales hubiera estado siempre más bien inclinado del lado de que cuando hay líder populista, las formas institucionales se pierden. No ha habido una representación de lo político, entre nosotros, pareciera que la emergencia de esos líderes fue siempre en contra del proceso de institucionalización. En ese sentido, quizás la primera intervención de Palermo se refería a eso, las generaciones nuevas se sienten muy desconfiadas de una nueva propuesta de emergencia de líderes.

Laclau: acá, en un país como Argentina, evidentemente el momento institucionalista es fundamental.

Villavicencio: Justamente quería preguntar sobre específicamente cómo juega ese pensamiento y esa tradición latinoamericana donde por una parte había una democracia institucionalmente correcta pero deficiente, y formas democráticas que finalmente terminaban no respetando lo institucional logrado. Cómo juega toda esta tradición, este pensamiento, esta representación, a la hora de considerar posibles retornos de una política populista.

Laclau: Hoy en día yo creo que lo que debería darse en América Latina es una integración entre los dos momentos. El momento institucional, pero al mismo tiempo creo que la construcción de identidades populares fuertes es una deficiencia. Que llegue un señor como Tabaré Vázquez, que oscila entre las papeleras y el papelón, es exactamente lo que no hay que hacer en América Latina. Por otro lado el modelo venezolano podrá desarrollarse en ciertos países andinos, pero es imposible que se desarrolle en un país como el nuestro. En Argentina claramente ese momento institucionalista está jugando un papel mayor que el que juega en otros lugares.

De Riz: El papelón lo estamos jugando nosotros con el tema de las papeleras...

Laclau: Yo hablo del intento de ingresar al ALCA, de vender el país, en el cual está completamente comprometido. De otro lado quiero decir algo sobre Venezuela. Yo apoyo al proceso venezolano en su conjunto, lo cual no implica que no tenga críticas a varios de sus aspectos relativos a la forma en que se está implementando. Pero siempre esas críticas parciales van a existir, en cualquier proceso. Lo que no estoy de acuerdo es en decir que está equivocado Chávez en estar haciendo el tipo de inversión financiera que está haciendo en América Latina. Porque aquí hay dos salidas: o bien se robustece el MERCOSUR, se crea el Banco del Sur, se crean instituciones que nos permitan separarnos del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, o si no vamos a terminar completamente deglutidos por la política yanqui. El general Perón decía que el siglo XXI nos encontrará unidos o dominados. Yo creo que de alguna manera la dominación está tocando a su fin.

Cheresky: Creo que en las réplicas que ha habido, ciertos temas conceptuales aparecen más candentes. Creo que la tradición occidental es la de la democracia liberal, y es una tradición problemática. La intervención de Ernesto aprovecha eso para escindir democracia de liberalismo. ¿Es posible producir esa escisión? Creo que efectivamente si uno piensa la tradición democrática liberal desde alguno de los grandes fundadores, tenían bastante la idea de despolitización de la sociedad. Si uno toma el núcleo del pensamiento de Benjamín Constant, *El manifiesto liberal* constituye una idea de sociedad donde los individuos se ocupan de sus asuntos privados. Ese liberalismo suponía un individualismo tal que el estado debía ser esencialmente garante de la consecución de los fines privados, un estado administrador. Se podría decir, que de hecho el curso de la tradición occidental no cumplió con el programa del liberalismo atomista. Porque hubo una

historia del movimiento obrero, porque hubo conflictividad política. La tradición de la democracia liberal también comporta otra vertiente opuesta el liberalismo atomista y potencialmente antipolítico de Constant: la de Tocqueville que reivindica la libertad política y su ejercicio público.

¿Por qué todo este prólogo? La lógica de la equivalencia, tal como quizás por razones didácticas vos tendés a formularla, daría la siguiente impresión: que a un nivel básico inmediato se constituyen demandas, y lo simbólico un segundo momento. El significante vacío, esa demanda que se universaliza y contiene a todas las demás, produce una agregación de demandas y da lugar a la constitución del pueblo. En primer lugar pienso que las demandas tienen efectivamente un carácter público *per se* y por ello están siempre en algún grado articuladas a un sentido general

En segundo lugar hago cuestionamientos a ese planteo por el potencial no político que un análisis en estos términos pueda arrastrar, más asociado a la *Psicología colectiva y análisis del Yo*, es decir una relación líder-masa. ¿En qué sentido? En primer lugar, hay un problema fáctico. Creo que lo que sucede en las sociedades latinoamericanas, salvo el caso de Venezuela, va en sentido divergente a ese. Es decir, estamos frente al fraccionamiento político social, y no frente a la constitución del pueblo del pasado. Esto es un problema fáctico, no creo que esta sea la tendencia, aunque sí creo que el caso venezolano es un caso particular. Digo el venezolano, y hasta donde yo sé, no entrarían dentro de ese esquema el de Ecuador ni el de Bolivia. Pero el problema conceptual que yo planteo es el siguiente: creo que la expresión inmediata de los reclamos y las demandas, no por casualidad hice referencia en mi intervención a Locke, lo de los antiguos, no tiene nada de político. A lo que lleva es al irredentismo, a la exclusión, es el ejemplo de cierta parte del movimiento ecologista, que deriva en un planteo identitario de tipo nacionalista y antiuruguayo, que es antipolítico. Supone la idea de una identidad, un ser, una representación de la ecología asociada a los intereses más inmediatos y a veces a los más bajos, en el sentido que puede ser bajo las pasiones del pequeño burgués que va arrastrando su silla playera a la ruta para cortarla. La politización aparece cuando hay interlocución política, cuando hay constitución de la comunidad política, cuando los de Gualaguaychú forman parte de la comunidad política nacional, integran su demanda en algo que es audible y aceptable para los argentinos y para los uruguayos. No aceptable porque no haya conflicto, aceptable porque no sea simplemente una enunciación de "no a las papeleras" y se terminó. Ese es un planteo antipolítico y que tiene un solo horizonte, la "guerra", como todo planteo que mantiene una identidad cerrada.

Esto lo traslado al tema de los liderazgos. Creo también en una serie de razones a las que acá muchos han aludido: los liderazgos, más ahora que antes - es un argumento que yo mismo he desarrollado- por su flexibilidad tienen una capacidad de institución política muy grande. Pero también acarrear muchos problemas. No entremos a discutir el detalle, pero yo adjudico a la concepción de Freud, como vos la interpretás, una especie de idealización de la relación líder-masa que supone la existencia de un líder providencial que es el recolector o articulador de demandas. Bueno, ese sentido político existe, es el de la tradición totalitaria y supone opresión política.

Para volver a los inicios de la cuestión, no creo que el principio igualitario, el que hace que los ciudadanos, o el pueblo, luchan por sus demandas, pueda ser dissociado de las libertades políticas. Las libertades políticas no son para proteger al individuo *farmer*. Las libertades políticas son un requisito de la comunidad política. Si no, surge efectivamente lo que describe Freud en la *Psicología colectiva y análisis del Yo*, el dictador. Eso quería decir, y creo que hay una alternativa, el líder inscripto en la comunidad política. Pero eso supone otra relación. No tengo una visión idealizada, ni pienso que la participación política contemporánea, el participacionismo, haga emerger las demandas. Creo que hay constitución de liderazgos y de responsables políticos, los que se dedican a la política tienen vocación política, tienen responsabilidades específicas, pero creo que no es lo mismo cuando hay un líder que tiene que dar cuentas que cuando no tiene que dar cuentas a nadie. Y eso que yo he escrito bastante sobre partidos como para que no se sospeche que estoy haciendo una apología de la burocracia política. Pero de todos modos hay un problema con los liderazgos, y en América Latina lo vivimos con mucha fuerza: cuando están librados a sí mismos y no hay institucionalidad, hay arbitrariedad política. Y hay arbitrariedad política en primer lugar, en Venezuela. Basta escucharlo a Chávez para darse cuenta, es un líder bucólico que se permite todo, hasta hablar cuatro horas y media. Pero quiero decir que coincido con vos, Ernesto, en que hay una dimensión liberatoria en Venezuela, y buena parte de nuestros científicos políticos ignoran lo que era Venezuela antes de Chávez, ignoran la exclusión y el descontento. Yo suscribo completamente la visión crítica del institucionalismo que dice, "a ver, se cumple el catecismo, bueno..." Ahora, el problema de la característica de la evolución democrática en Venezuela es, para mí, un capítulo muy pendiente. Yo suscribo también que las misiones han sido muy importantes para sacar de la miseria a tanta gente, pero ni el castrismo, ni el sandinismo, ni eventualmente lo que veo en Chávez me parecen ilustraciones de la comunidad política. Más bien me parecen todo lo contrario.

Hilb: Quería retomar algo que Isidoro menciona en su intervención, y que se vuelve central en una frase de Ernesto: "Hay populismos que aprobaría y populismos que no aprobaría". Creo que acá está una gran parte del asunto que estamos discutiendo. ¿Por qué aprobaríamos o desaprobaríamos un populismo? No sería por el mero hecho de ser populista –si aceptamos que toda identidad política se constituye siempre, en un punto, de esta manera. En esto podemos coincidir todos. Pero ¿qué es lo que hace que uno apruebe o desapruebe un populismo? ¿Es su forma, es su contenido? Ernesto ponía el ejemplo de *Psicología de las masas y análisis del Yo*. Hay populismos psicóticos, donde la identificación es absoluta, donde se pierde toda identidad propia y la identificación es plena. Y hay populismos en los que efectivamente esta distancia entre el cementerio y el manicomio se mantiene, en los que uno entra y sale de esta identificación. Acá está el punto que nos permitiría empezar a construir una especie de vara de medición de los populismos que aprobamos. Pero no nos basta con esto. Porque ¿por qué aprobaríamos un populismo como el de Mao y desaprobaríamos un populismo como el de Hitler? No sería en estos casos por la diferente distancia que establecen uno y otro respecto de la identificación con el líder, que podemos pensar que fue bastante similar. Entonces necesitamos otra vara de medida, y esa otra vara consiste en aquello que ese líder con el cual la masa se identifica totalmente, hace. Pero ahí entramos en un problema, porque quizás al principio el líder hace algo que a nosotros nos gusta, y después deja de hacer algo que nos gusta. Entonces cuando hace lo que nos gusta es un populista "bueno", que representa los verdaderos intereses del pueblo, y cuando deja de hacer lo que nos gusta y hace lo que no nos gusta, se convierte en un líder totalitario. Me parece personalmente que si queremos poder salir de esta discusión eterna de los populismos "buenos" y los populismos "malos", no hay otro camino que el de poner a prueba el carácter político, el modo político en que ese líder constituye pueblo, constituye comunidad, partiendo de la base de que no podemos depositar en el líder la voluntad Omnímoda y el saber Omnímodo. Castro fue el último líder en el que depositamos la confianza de que siendo un líder Omnímodo haría lo que queríamos; y en algún momento, cuando empezamos a creer que la persecución de toda oposición, la persecución a los homosexuales, la persecución a los artistas... que todo eso y mucho más no era tan bonito, nos quedamos sin vara de medida. Entonces, para construir nuestra vara de juicio del populismo pienso que no hay otra medida que la de oponerle al componente democrático populista, el componente liberal. Es decir, confiar en instituciones que impidan la apropiación omnímoda de la voluntad y del saber. Entonces podremos diferenciar ese líder

populista, que como Roosevelt, construye esas instituciones y nos pone a salvo de sí mismo, o tal vez también la revolución sandinista, que en cierto modo también nos puso a salvo de ella misma, para distinguirlos de la revolución castrista, o de los líderes populistas que no nos ponen a salvo de ellos mismos.

De Riz: Me parece clarísima tu exposición, para mí no hay más que agregar al respecto, pone el acento donde hay que ponerlo respecto a la discusión del populismo. Yo quería retomar la idea más general del malestar con la democracia, que no puede ser reducida a la discusión del populismo y retomar algo que dijo Isidoro, que tiene un libro que se llama *La política después de los partidos*. Yo pienso en el título y no me conforma. No se puede hacer política en democracia, prescindiendo de los partidos, aunque se puede hacer política anti partidos. Hoy hay partidos que son máquinas electorales puestas al servicio de candidatos, vehículos para transportar a candidatos a distintas posiciones de poder. Hasta Berlusconi tuvo que armar su partido. Pienso en el rol del intelectual público que ayude a pensar el conjunto de alternativas que la sociedad tiene para construir el futuro, porque finalmente la política es pensar el futuro y los partidos sin ideas se reducen a lo que dije, medios de transporte de candidatos. Los debates políticos no suelen discutir el futuro y el pasado a veces es usado como pretexto para gobernar el presente. Creo que la misión de esta actividad de debate público, teniendo esta posibilidad que tenemos hoy aquí, teniendo como tenemos este Instituto lleno de gente joven, es una oportunidad para impulsar la discusión sobre los medios y los fines de la política contemporánea. No puede haber un autoritarismo progresivo como justificación de la república posible con progreso social en condiciones difíciles. El componente debate y persuasión es esencial para vivir en democracia y asegurar la participación del *demos* en una sociedad más justa para todos, pero también más libre para cada uno.

Laclau: Yo no estoy en desacuerdo con lo que has dicho, Claudia, ni con lo que dice Isidoro, en realidad, porque para mí también la cuestión del populismo en el sentido que yo entiendo el término, significa la participación de los de abajo. No significa la admiración hacia un líder incontestado que tiene la capacidad despótica de decidir acerca de todas las cosas. Y eso es exactamente lo que Freud, en el capítulo 11 del libro del que hablábamos, dice: la distancia entre el ego y el ego ideal no es la misma en todos los casos. Hay ciertos casos en los cuales el líder sólo es encontrado a mitad de camino. Aquel que pretenda en rasgos más marcados un aspecto positivo, valorado por la gente. De esa manera, estoy completamente de acuerdo que el principio de la identidad popular tiene

que ser limitado por mecanismos institucionales. Por eso me refiero no solamente a lógica de equivalencia sino también a lógica de la diferencia, las lógicas de la diferencia son institucionalistas. Lo que sí creo es que no puede basarse todo el argumento en una lógica institucionalista pura. Cuando eso ocurre, no hay política. Por ejemplo, decía Saint Simón que había que pasar del gobierno de los hombres a la administración de las cosas, que la política tenía que acabarse. Y no es casual que Marx haya elegido esa fórmula cuando quería caracterizar lo que iba a ocurrir en una sociedad comunista donde el Estado se hubiera extinguido. Es decir que si se piensa en una comunidad política, creo que tiene que pensarse siempre la tensión entre esas dos dimensiones: el momento institucional y el momento popular. Las dos lógicas no se ponen exactamente juntas. Pero si no se limitan mutuamente, no hay una comunidad viable. O uno tiene una identificación completa con el líder, y en ese caso no hay democracia de ningún tipo, o uno tiene simplemente la democracia de Samuel Huntington, que es una tecnocracia, en la cual el gobierno de los expertos sustituye al debate político, que es todo lo que la filosofía política ha estado planteando desde Platón en adelante. El conocimiento es lo que tiene que regular las instituciones sociales. Para mí el populismo es simplemente una de esas dimensiones, que siempre tienen que estar presentes para que haya una comunidad propiamente política, es decir, donde haya disenso. Sin embargo esa lógica política no puede ser la única que predomine. O sea, creo que no estoy tan en desacuerdo con lo que ustedes han estado diciendo.

No quiero seguir la discusión sobre Venezuela, pero sí quiero decir que el proceso venezolano sería impensable si fuera simplemente una especie de fascinación mágica por un líder. Hay una movilización que está ocurriendo a todos los niveles sociales. Yo estuve visitando, invitado por el ministro de Agricultura, las zonas en que se está implementando la reforma agraria, y ahí uno ve el grado de movilización de las bases. Además el golpe del 2002, sin movilización popular habría sido un éxito completo. Lo que yo pondría en cuestión es que en el proceso chavista se esté dando una unilaterización total del momento del liderazgo más carismático sin movilización de bases, yo creo que se están dando las dos cosas. Pero también pienso que sin esa dimensión del liderazgo carismático, un proceso radical de cambio es muy difícil. Incluso hasta la Quinta República en Francia, sin De Gaulle, habría sido impensable.

Cheresky: ¿Vos identificás movilización de bases con comunidad política?

Laclau: Justamente no, creo que la comunidad política significa la integración, el momento institucional, mientras que la movilización de bases no supone el momento institucional, es una de las condiciones para que haya movilidad dentro de la comunidad política, pero no define a la comunidad política. Por eso dije que no estoy en desacuerdo con lo que vos has definido como comunidad política. Lo único que agregaría es que la comunidad política no se puede definir solamente de una manera institucional. Tiene que haber un momento para el disenso, y el disenso supone lógica del equivalente.

Un asunto más que has señalado, y me parece importante, es lo que se refiere a las demandas que vienen de abajo. Tomemos un ejemplo que he usado en un artículo. Supongamos un grupo de vecinos que solicita a la Municipalidad que cree una línea de ómnibus para llevarlos desde el lugar donde ellos viven hasta el lugar donde la mayoría trabaja. Y que la Municipalidad no funde la línea de ómnibus. Ahí hay una frustración de una demanda social. Pero la gente empieza a ver que hay otras demandas que no son satisfechas, al nivel de la habitación, de la escolaridad, de la seguridad en la zona. Entre todas esas demandas se empieza a crear una cierta relación de equivalencia, y surge una identidad popular más amplia. El momento de la comunidad política, en el sentido tuyo, es cuando esas demandas, que todavía son demandas sociales, y que un ecologista duro trataría de limitarlas a ese nivel, empiezan a establecer relaciones equivalenciales con otras demandas al nivel del sistema político. Por ejemplo el libro de Georges Rudé sobre las movilizaciones por el hambre en la Francia prerrevolucionaria, encuentra que el momento que realmente purifica todo el proceso es cuando esas demandas sociales a nivel de abajo, por el precio del trigo, y demás, entran en relación con los discursos acerca de la igualdad y la reconstitución del sistema político y demás. Lo que me parece importante es moverse a los dos niveles, no sectorializar. Si uno sectorializa solamente el momento político, entonces lo social queda completamente desdibujado, pero si uno sectorializa lo social, en ese caso la comunidad política desaparece.

Palermo: Quiero añadir dos cosas, la primera tiene que ver con el concepto de populismo. No me parece que sea totalmente apropiado identificar populismo y liderazgos, populismo como el momento de la identificación con un líder que tiene por tanto una capacidad de decisión en alguna medida arbitraria. Creo que vendría bien que lo connotáramos más. Yo fui el primero en hablar y salí con los tapones de punta en contra del populismo. No me estaba refiriendo al aspecto de los liderazgos, si bien las consideraciones en torno a eso me parecen de lo más pertinentes. Me estaba refiriendo a lo más connotado históricamente en la cultura

latinoamericana. Polarizaciones fuertemente adversativas, donde hay campos, un modo bipolar de entender la política, una noción de acumulación de poder, excluyente, antinómica, donde hay una identificación del interés nacional y de lo que está fuera del interés nacional, una idea moral sobre los intereses, dotada de un fuerte componente de voluntarismo y creencia inconvencible en la virtud del poder acumulado, la rapidez de los tiempos, es un elemento fundamental, y una cosa muy anti-institucional. Y ahí ya vamos al punto que quiero tocar. La intervención tuya, Claudia, me pareció impecable, pero conviene que contextualicemos.

El segundo punto tiene que ver con el tema de la libertad de los modernos, el liberalismo. Es muy importante no olvidar que hay otra tradición aparte del liberalismo, la tradición del republicanismo, que en la medida que no rompe con el liberalismo sino que mantiene la tensión con él y con las complejidades de los regímenes democráticos, es más prometedora para la izquierda democrática. Tiene más que ver con la identificación de conflictos. Por ejemplo, Isidoro hablaba de una rémora que es la ineffectividad del Estado en América Latina en relación al gobierno de la ley, la idea de derechos aparece muy disociada de la idea de deber, irrumpe, pero contribuye a colapsar más, lamentablemente. Me parece que es fundamental diferenciar los valores del republicanismo, donde existe lucha contra la dependencia y el autogobierno. Estos valores no están inscriptos en el liberalismo, si bien los necesita. El republicanismo necesita al liberalismo como el aire, pero no son lo mismo. Tiene relación con un problema de la izquierda democrática, el problema es que no se limite al momento de la identificación de la política con las instituciones, como si las instituciones fueran todo.

Para terminar, es fundamental el ambiente o los momentos en los cuales los liderazgos y los procesos de identificación y los liderazgos adquieren un *quantum* de arbitrariedad muy grande, y ahí hay que cruzar los dedos. No es lo mismo si el proceso de identificación se da en un ambiente donde estos valores están más presentes -porque existe un debate público sobre los mismos, porque hay preocupaciones- que si no lo hay. Sin ir más lejos, consideremos la historia política de Carlos "Chacho" Álvarez y del FREPASO. En este episodio se reflejan estos temas: el drama de las decisiones de un creador de política que no organizaba, que no se preocupó por generar ámbitos institucionales, y todas las distintas tribus que lo acompañaban. Pero lo acompañaban no a partir de los distintos valores del progresismo, republicanismo, sino que acompañaban porque no querían perder el colectivo. Y finalmente, terminó en lo que todos conocemos. No necesitamos ir tan lejos para ver cómo la creación de ciertos ambientes de

debate público y ciertos elementos de articulación de cultura política son fundamentales, para decir “podemos confiar más en que este tipo no va a hacer barrabadas”, porque el momento de la decisión, o de la elección, va a venir, o está viniendo. ¿En qué contexto? Todo esto está presente.

Villavicencio: Voy a tomar una posición respecto a la discusión sobre la democracia, haciendo algunas distinciones. Efectivamente la democracia es un concepto que hay que pensarlo y reflexionarlo a la luz de la situación actual, y diferenciarlo del liberalismo. La democracia en América Latina, lamentablemente, ha quedado muy vinculada con el liberalismo. Por un lado, el liberalismo aparece como un recurso frente a los avances de un liderazgo arbitrario, y por otro lado, los riesgos de ese liberalismo son el predominio de una racionalidad técnica y una exclusión del pueblo. Creo que la democracia tiene que ver con la igualdad y con la emergencia de aquello que rompe un reparto ya dispuesto. La política para mí es esto, la emergencia de algo que rompe con un orden ya establecido de lugares y funciones, como lo dice Rancière. En los momentos instituyentes del liberalismo ha estado siempre presente la desconfianza de lo popular. Creo también importante la distinción entre las tradiciones políticas del liberalismo y del republicanismo, coincido ahí con Palermo en la reivindicación de esta dimensión republicana a la que tendríamos que darle también un espacio propio en el debate sobre lo político en nuestro país.

Lo último sería hacer una aclaración respecto de lo nacional. No sé si interpreto bien lo que ha querido decir Laclau con esa apelación a la necesidad de una identidad nacional-popular, sin la cual no habría democracia posible. Efectivamente, los estados modernos son estados nacionales, y hay también una tradición nacionalista que nos ha hecho identificar la nacionalidad con visiones hagiográficas, tradicionalistas, o bien con las formas del nacionalismo reaccionario. El nacionalismo es una mala palabra para nosotros. Y sin embargo, efectivamente, en la tradición moderna hay una necesidad de integración nacional. Y las democracias modernas, como son democracias que se alojan en estados nacionales, tienen que tener en cuenta ese principio de integración nacional. En este punto me gustaría hacer una referencia a Habermas, sin adherir necesariamente a su posición. Habermas frente a la experiencia de los nacionalismos históricos y a los procesos de quiebre y disolución que les sobrevinieron después del nazismo, rescata, sin embargo, la necesidad de una identidad nacional, y propone su idea de un “patriotismo constitucional”, es decir, una recomposición de la identidad nacional referenciada a los valores democráticos. Hay una resignificación de la tradición republicana, que nos puede

brindar elementos para pensar esta necesidad de integración nacional desde otros valores más adecuados a la democracia, que la idea de un nacionalismo organicista, dominante en el pensamiento político del pasado reciente.

De Riz: Susana resalta, con toda razón, este temor al liberalismo en desmedro del objetivo de la igualdad con que nació la democracia. Pero también hay otra percepción, que es el miedo al autoritarismo. Así como existe esta prevención hacia el liberalismo, existe también la prevención al autoritarismo presente en la recurrente idea de que lo que importa son los fines y no los métodos. Y eso nos ha traído siempre desgracias. El gobierno cambia a golpes de opinión o a golpes en la calle. No hay debate acerca de cómo armar este país para adelante.

Cheresky: Me pareció muy interesante la discusión y hay varios temas pendientes, pero hay uno al cual hemos llegado a arrimar un poco, el tema del pueblo... Yo tengo un signo de interrogación, más bien pienso que en el siglo XX teníamos la constitución y funcionaba más esa lógica que Ernesto nos plantea articuladora. Pero aún en el siglo XX o en la actualidad, sigue pendiente la idea de cómo nosotros nos representamos el pueblo y sus demandas. Porque efectivamente en un lugar puede haber un reclamo por una línea de colectivos, en Gualeguaychú un reclamo por las papeleras, y toda una diversidad de demandas. Pero hay una influencia en el pensamiento político, que me parece que es problemática, y es la representación multiculturalista. Es decir que el pueblo sería una articulación del pueblo feminista, el pueblo de tal etnia, el pueblo de los trabajadores, el pueblo de los ecologistas. Es ahí donde a mí me gustaría seguir discutiendo el tema de la comunidad política. Porque efectivamente vemos aparecer demandas que a veces tienen cierto grado de agregación y que, como dije anteriormente, no se transitan fácilmente a la política, o por lo menos que no tienen inscripta en su naturaleza su politización. Ejemplo, vecinos de Gualeguaychú. O cualquier otro ejemplo de reclamos étnicos. La política, y la comunidad política, suponen la constitución política pública de las identidades. Que no es resultado de la agregación de nada, sino que es el resultado de algo que se produce exclusivamente en el espacio público. Por ejemplo, podemos tener los piqueteros, o los peronistas, o los ecologistas, pero pueden tener la anécdota de la localización, de la literalidad. O pueden no tenerla, en otros casos. Pero de todos modos se instituyen en el espacio público, con acción de elementos que intervienen en el espacio público, que no se derivan de un proceso agregativo. Incluso en las ocasiones donde este proceso de constitución de identidades públicas reconoce un liderazgo personalista, que

muchas veces es el caso. Es por intervención en el espacio público, por una historia propiamente política, por el modo en que eventualmente da un golpe en el momento en que hay una clase política que desconoce el estado de representatividad. Es decir, no puede ser derivado a una lógica de la equivalencia quizás tan fácilmente. Creo que hay un problema que queda planteado: qué es lo que entendemos por politización. Sin duda que la politización no es un agregado de instituciones.

Laclau: Voy a ser muy breve. Quiero referirme a este punto que plantea Isidoro. En la noción de pueblo encontraríamos la dualidad tradicional entre *populus* y *plebs*, y evidentemente cuando yo estaba hablando de los problemas de la democracia, a lo que me refería era más bien a *plebs*, pero la idea es que el *populus* sólo se constituye a partir de una sobredeterminación de elementos, es decir, que el elemento de *plebs* es constitutivo del *populus*. Creo que lo que vos estás diciendo llevaría a otra perspectiva, con la cual Habermas estaría muy de acuerdo. Algo a lo que Susana se ha referido también antes, el patriotismo constitucional, eso estaría más ligado a la noción de un *populus* que no está vinculado a ningún tipo de particularismo social. La diferencia que sostengo con este tipo de planteo es que creo que no hay constitución de una identidad política global excepto a través de esta agregación. Pero esta agregación no es simplemente que las particularidades se ponen juntas, sino que dejan de ser particulares en la medida en que entran en lazos equivalenciales. Yo creo que Solidarnosc constituyó una esfera pública en Polonia, donde no la había antes, en todo este proceso de movilización. Pero la construyó a partir de demandas muy específicas. Es que las demandas dejan de ser específicas -esto es lo que yo argumentaría- en la medida en que entran en cadenas equivalenciales. Lo que tenemos que discutir en alguna otra ocasión es si hay una especie de momento público que escape la mediación a través de la universalización de las particularidades, o si ese momento público es siempre el resultado de esa universalización de particularidades. Es una discusión bien interesante.

Hilb: Quiero agradecer a todos los participantes de esta mesa. Han tocado, a su manera cada uno, muchos de los temas que habíamos pensado como disparadores, y como importantes. Yo terminaría con otra pregunta, que podría quedar planteada, para seguir discutiendo en futuras oportunidades, y que intenta sintetizar la polémica que circuló respecto del populismo o de la constitución de identidades bajo la forma de liderazgo y de las virtudes y los peligros de esa forma de liderazgo. La sintetizaría en una reflexión que hizo

Isidoro en su primera intervención, cuando él sostenía que las elecciones son hoy, en estas nuevas apariciones políticas en América Latina, la forma de validación de estos liderazgos. En la medida en que efectivamente las elecciones sigan siendo, y sean concebidas por parte de los líderes mismos como siendo la forma de validación de los liderazgos, tal vez de algún modo estemos encontrando aquí una de las maneras del equilibrio que nos preocupa entre la concentración populista por un lado y la estabilización institucional de estas formas políticas. El tema es de quién depende esto. Hay quienes confían más en los líderes, hay quienes, como Palermo, sostienen que es la responsabilidad de los intelectuales no descuidar estos temas, ahí yo creo que está uno de los puntos de discusión planteados.